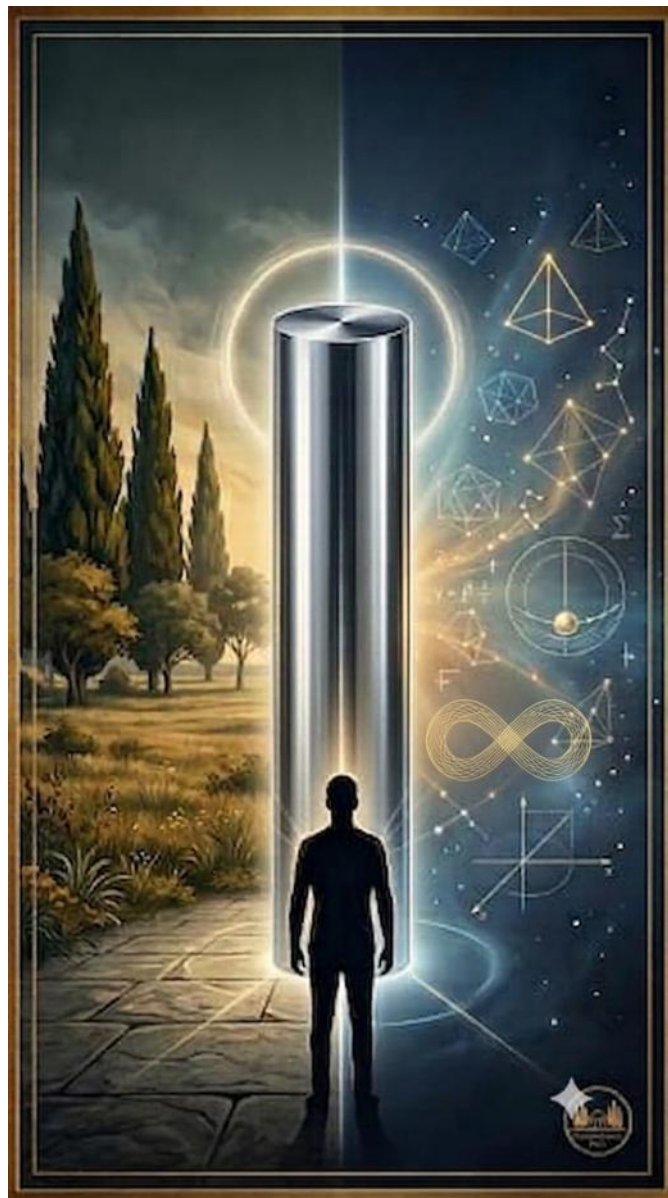


Paraje de revelaciones

Omar Abraham

Agosto de 2026

Parque de Estudio y Reflexión Paravachasca



Índice

Prólogo	3
Umbral.....	4
Cuero.....	5
Retrovisor	7
Sombras.....	10
Colibrí	13
Perplejos.....	14
Sonoros	16
Crisol	18
Fuente	19
Cilindro	21
Estela.....	22

Prólogo

Hay un instante preciso, justo cuando la tarde cede su imperio a la noche serrana, en que los límites de lo real comienzan a desdibujarse con una suavidad asombrosa. Es un momento de absoluta entrega, un reposo hondo donde el murmullo del viento entre las ramas de Paravachasca deja de ser un sonido exterior para convertirse en el compás de la propia respiración.

Las páginas que componen este volumen participan, sin pudor alguno, de esa materia levísima y a veces indescifrable que llamamos lo fantástico. Son ficciones, desvíos de la lógica, grietas en la pared del tiempo y el espacio por donde se cuelan lo imposible y lo enigmático. Sin embargo, me he preguntado a menudo qué es, en verdad, lo real. Si aceptamos que el tejido del universo está hecho también de memoria, de olvido y de percepciones tan frágiles como un reflejo en un vidrio verdoso, entonces la frontera se vuelve una ilusión. Quizás nosotros mismos, con nuestros afanes diarios y nuestras certezas de piedra, no seamos más que un cuento largamente soñado por alguien más; una hermosa inconsistencia en la vasta biblioteca del tiempo.

Si algo hay de indudablemente real en estas historias, si es que tal categoría conserva algún sentido, es el sitio exacto de su alumbramiento. Todas ellas fueron recibidas y contempladas en el estado de semisueño, bajo el cobijo sereno de la sala en el parque de Paravachasca.

Allí, en esa penumbra templada donde el cuerpo descansa y la vigilia afloja sus amarras, la mente entra en una frecuencia distinta. No hay esfuerzo en el acto de la creación; hay, más bien, una humilde y agradecida disposición a recibir. En ese umbral difuso es donde se me presentaron, nítidas y flotantes, las imágenes, los rostros de otras épocas, los objetos anacrónicos y las circunstancias extrañas que luego, con paciencia de artesano, me dediqué a novelar en estas páginas.

No hay mérito en la invención, sino en la escucha. Por eso, este prólogo no es una explicación, sino un íntimo ademán de agradecimiento a ese rincón del mundo, a la quietud del Parque y a la misteriosa benevolencia de la duermevela, que me permitieron asomarme por un instante a lo invisible.

Los dejo, pues, con estas sombras que se proyectaron en mi Sala. Ojalá encuentren en ellas el mismo aroma a madera vieja, a tiempo suspendido y a misterio que a mí me fue dado recibir en la paz de la tarde cordobesa.

Umbral

Yo no buscaba nada. Eso lo sé ahora. Mi vida transcurría sin grandes preguntas, en una llanura mental tan plana como el paisaje que cruzaba. Pero la noche anterior, en un hotel de San Agustín, había tenido un sueño insistente, denso, donde se repetía una sola palabra escrita en carteles de neón que parpadeaban en la oscuridad: PERPLEJOS

Al mediodía siguiente, en abril de 2026, iba de San Agustín a Córdoba por la ruta vieja. El camino se bifurcó donde los mapas no se bifurcan. A mano izquierda, a unos pocos kilómetros, apareció la estructura. Un cartel de chapa, despintado, bautizaba el lugar: “Parque de Estudio y Reflexión Paravachasca”.

Me detuve frente al cartel y me quedé mirando las letras, con el motor del auto regulando. El rompecabezas del sueño se armó solo en mi cabeza, con una lógica fría. La segunda mitad de la palabra, “LEJOS”, era la distancia, el costo físico y mental de haber llegado hasta ahí. La primera mitad, “PERP”, no era más que la sigla exacta de lo que tenía ante mis ojos: **Parque de Estudio y Reflexión Paravachasca**. ¿Éramos nosotros, o era yo solo? Un perplejo en el medio de la nada.

Paravachasca no figura en los registros. Tampoco en la memoria de los camioneros a los que pregunté después. Pero esa tarde estaba ahí: un predio abierto, con árboles puestos como si alguien los hubiera pensado uno por uno. Al traspasar el portal que marcaba la entrada, sentí una sutil diferencia entre estar afuera y estar adentro, una modulación en el aire que no sabría explicar. Y allí, desviándome apenas hacia la izquierda, la Sala.

No era cúbica. Era una semiesfera perfecta, como la mitad de un mundo enterrado. Desde afuera, la cúpula era una mezcla de estupa y mezquita: cal lisa, sin ornamento, rematada en la parte superior por un conoide de metal bruñido de cuyo vértice salían unos banderines color anaranjado que flameaban sin viento.

Yo no medito. No creo en nada que no pueda tocar. Pero la arquitectura tenía una intriga: con el sol de las cinco, la semiesfera no proyectaba sombra. Era como si la luz la reconociera y la dejara en paz. Me acerqué por la puerta del Norte. Siempre se entra por el Norte. Las otras tres estaban cerradas, no con llave: con decisión. Apoyé la mano en el muro. Estaba tibio. Era la tibieza de las cosas que fueron usadas por otros y que esperan.

Al cruzar el umbral, creí ver que el conoide de metal desaparecía de la vista, o tal vez seguía allí, difuminado por un extraño efecto óptico en el vértice superior. Adentro, la Sala revelaba su verdadera naturaleza: una esfera perfecta y continua, donde el techo cóncavo y el suelo curvo se unían sin costuras. Era como si la mitad que afuera parecía enterrada bajo el suelo se hubiera revelado en el interior, envolviéndome por completo en una esfericidad absoluta. No había altar, ni símbolos. El piso era de una piedra clara, pulida por pies que no eran los míos. Siguiendo el contorno de la Sala, se disponía una serie de bancos semicirculares que iban envolviendo la pared, y otros a su vez se ordenaban hacia el interior describiendo círculos concéntricos: tres filas en total de

esos bancos, provistos con almohadones planos y anaranjados. En el centro exacto, una estera. Me senté porque el cuerpo a veces entiende antes que la cabeza. En lo alto, donde uno creería ver un óculo superior, la vista se perdía en un círculo de luz anaranjada, pareja, sin nubes, sin pájaros, sin profundidad; un espacio donde el ver y el creer se confundían. Cerré los ojos un segundo, para acomodar la vista.

Cuando los abrí, comprendí el error. No había pasado un simple segundo de reloj; la medida del tiempo se había quebrado. El parpadeo de mis ojos no había sido una pausa breve, sino la frontera hacia otra dimensión temporal. El silencio no era ausencia de ruido: era un ruido blanco, como el de un teatro antes de que levanten el telón. En la curva de la cúpula, donde la pared dejaba de ser pared para ser cielo, empezaron a moverse figuras. No proyectadas. No pintadas. Presentes.

Entendí, con una lucidez que después no me abandonó, que la Sala no era un lugar para vaciarse. Era un lugar donde a uno lo leen. Yo, que había entrado sin preguntas, me convertí en la respuesta de alguien más. La Sala había decidido meditarme. Lo que siguió no fueron sueños. No fueron recuerdos. Fueron historias completas, con principio y fin, que me fueron reveladas sin moverme de la estera. Cada una tenía el peso de una vida. Cada una me dejaba más solo y más acompañado.

No las voy a contar aquí. No todavía. Porque toda confesión exige un orden, y el orden es una cortesía que uno le debe al lector. Baste decir que entré por la puerta del Norte siendo un hombre que pasaba por la Sala y salí por la misma puerta siendo un hombre por el que la Sala había pasado...

Cuero

Corría el año de nuestro Señor de 1653. El sol de las sierras de Córdoba nos masticaba con polvo y piedra, pero la Compañía de Jesús no conoce el descanso: buscábamos agua, tierra buena y almas. Encontramos las tres a la orilla del arroyo.

Como hermano lego, me encargaron supervisar a los nativos y cavar junto a ellos los cimientos del nuevo molino. Al tercer día de excavación, mi pala pegó contra algo blando, profundo en el barro de la acequia. Pensé que era una raíz vieja, una de esas tantas que se resistían a dejar la tierra. Pero al limpiar el lodo con las manos, descubrí que no era madera. Era cuero.

Lo sacamos con el cuidado que se le debe a un objeto sagrado, aunque mi intuición me dictaba lo contrario. Era una tira larga, curtida, de un color miel oscuro que apestaba a humo antiguo y a grasa rancia. Estaba dibujado entero: rayas de fuego, espirales, soles con dientes de fiera, manos abiertas y una escena que me heló la sangre: un hombre arrodillado y otro de pie, señalando el suelo con el dedo.

Lo estiramos sobre la rústica mesa de madera de la capilla.

—Obra del diablo —sentencié de inmediato, persignándome. Aquellas marcas no eran naturales.

—Obra de Dios, hermano Diego —me contradijo el padre Juan de Viana, con esa paciencia suya que a veces me exasperaba—. Porque Dios habla en todas las lenguas, incluso en las que no comprendemos.

Para salir de la duda, mandé a buscar al indio más viejo del remanente de los comechingones. Lo llamaban Kunu. Tenía el rostro tajado por tres cicatrices profundas y hablaba el castellano a los golpes, como quien escupe carozos.

El padre Viana, apoyando su dedo huesudo sobre los trazos, le preguntó:

—¿Qué es esto, Kunu? ¿Una memoria de tus antepasados?

Kunu tocó el cuero. No vi respeto en sus manos, sino una familiaridad espantosa.

—Memoria —respondió con voz rasposa—. Pero no de antes. De ahora.

—¿De ahora? —intervine yo, perdiendo la paciencia— Si lo acabamos de desenterrar del barro virgen.

Kunu ignoró mi tono y señaló una espiral:

—Aquí está el agua que quieren encerrar. El Tajamar.

Luego, tocó una mano abierta:

—Aquí están ustedes, los de sotana negra. Llegan, miden y cavan.

Finalmente, se detuvo en las dos figuras del centro: el hombre arrodillado y el hombre de pie.

—Aquí está el padre Viana, preguntando. Y aquí está el hermano Diego, desconfiando.

Un frío que no pertenecía al viento de la sierra me recorrió la espalda. Viana, pálido, desenrolló un poco más la pieza. Al final de la tira, casi borrada por la humedad del tiempo, había otra escena idéntica a la que estábamos viviendo: tres figuras alrededor de una mesa de madera, mirando un cuero.

—Kunu... —susurró Viana con la voz quebrada—. Esos somos nosotros. En este mismo instante.

El indio asintió despacio. Con una audacia que me pareció sacrílega, estiró la mano hacia el fogón de la capilla, tomó un trozo de carbón y, antes de que pudiera detenerlo, trazó una línea tosca, temblorosa, justo al final del dibujo.

—¿Qué hiciste, infiel? —le grité, tomándolo del brazo—. ¿Qué significa esa última línea?

Kunu no se inmutó. Me miró fijamente, me devolvió el carbón y, con una sonrisa que me pareció la mismísima burla del maligno, apuntó al cuero donde la última escena volvía a empezar.

—Significa —dijo Kunu con parsimonia— que usted, hermano Diego, me está preguntando a mí ahora mismo qué significa esta última línea. Y significa que yo le voy a responder exactamente esto, obligándolo a usted a volver a preguntar qué significa. Y así el cuero nunca se termina.

Esa noche no pude rezar. El orden del mundo se había desmoronado en mi cabeza. Antes del amanecer, fui a la capilla dispuesto a quemar esa maldición, pero el cuero había desaparecido. Solo quedaba sobre la mesa un manchón de ceniza y carbón negro

con la forma nítida de una mano abierta, idéntica a las del dibujo, cuyas yemas parecían aún tibias.

Los años pasaron. Levantamos la estancia, el Tajamar, la iglesia. Alta Gracia floreció en piedra, hierro y fe, pero yo jamás recuperé la paz. El padre Viana murió en su cama, bendecido. Yo, en cambio, paso mis últimas noches en esta celda, sitiado por la locura. He descubierto con espanto que la condena no quedó en la capilla. A medida que envejezco, la tinta de este diario me traiciona. Mis letras, escritas originalmente con la caligrafía fina que aprendí en el noviciado, van cambiando solas con el paso de los meses: los trazos se ensanchan, los bordes de las palabras se vuelven toscos y curvos, adquiriendo esa misma consistencia rústica de los dibujos del cuero, como si el papel fuera transformándose lentamente en la piel curtida que intenté destruir.

Al final, comprendo que todo diario, toda palabra consignada sobre el papel, es en verdad un contacto epistolar tendido a ciegas a través del tiempo, una conversación suspendida a la espera de un destinatario incierto. A ti, que acaso sostengas estas hojas cuando mi carne ya no sea más que el polvo de estas sierras, te propongo el mismo lazo que me unió a Kunu frente al fuego.

Antes de que me alcance la muerte y mi propio cuerpo acabe por volverse ceniza sobre la mesa, tomo la pluma para dejar constancia de mi tormento. Escribo en este diario la última línea de mi vida, sabiendo que ya no me pertenece:

“¿Y esto que termina aquí, qué significa? ¿Significa que tú, al descifrar estas líneas, me lo estás preguntando a mí, o que yo, al dejarlas escritas, te lo estoy preguntando a ti?”

Y al levantar la vista del papel, juro por mi salvación que la tinta parece seguir fresca, moviéndose sola, ensanchándose bajo mi mirada para transformarse en el primer trazo de una nueva mano.

Retrovisor

Adquirí el objeto por una suma irrisoria en un anticuario de Villa General Belgrano. La tienda, instalada en una de las casonas más viejas del pueblo, exhalaba un olor denso a pino húmedo y cera de abejas; sus anaqueles estaban abarrotados de relojes de péndulo que latían con un desorden asincrónico, como si disputaran entre sí la posesión del tiempo. El espejo, un óvalo de cristal opaco montado sobre un soporte de bronce labrado, yacía al fondo de una vitrina de madera astillada. Al examinarlo, noté que en el reverso del soporte metálico, grabado con una grafía firme y casi imperceptible, se leía la inscripción: "HGW — for the study of light¹". Cuando le pregunté al propietario por su origen y su época, el hombre, sin levantar la vista de una maquinaria desarmada, me aseguró que el adminículo era anterior a la invención de los automóviles. Sonreí

¹ Para el estudio de la luz

ante lo que juzgué un burdo anacronismo comercial, pagué la modesta cifra que pedía y me llevé el espejo guardado en su fino cofre de madera con ornamentos. Esa misma tarde decidí instalarlo en mi Suran. El contraste fue inmediato y casi humorístico: aquel cristal de estirpe decimonónica, con su pátina de metal noble, desentonaba de manera flagrante en el habitáculo de un auto tan cotidiano, tan representativo de la clase media argentina. Sin embargo, persistí en el capricho.

Tomé la ruta que baja de las Sierras Chicas, pasando por Alta Gracia y Anisacate hacia el sur. Fue allí donde el prodigio comenzó a manifestarse. Al principio creí que se trataba de una ilusión óptica causada por las vibraciones o la refracción de la luz serrana. Noté que, a medida que el velocímetro de la Suran ascendía, la imagen devuelta por el espejo no correspondía al camino que yo acababa de dejar atrás. El desplazamiento del vehículo a gran velocidad producía un efecto de arrastre físico sobre el suelo: si aceleraba por la calzada, el espejo captaba la luz más antigua acumulada sobre la geografía de la ruta, barriendo las capas temporales a lo largo del trayecto. Al pasar por las afueras de Alta Gracia, reduje la velocidad y el presente recuperó su dominio; sin embargo, al desviar la Suran hacia el casco histórico por mera curiosidad y volver a acelerar en las cercanías del Tajamar, el agua mansa del embalse jesuítico se tiñó en el reflejo de una luz antigua, ajena a nuestra época. En la orilla, bajo un cielo de plomo que correspondía al siglo XVII, distinguí la figura solitaria de un indio que tenía en su mano un carbón y trazaba una línea en una tira de cuero con dibujos; estaba inmóvil, como si custodiara un silencio colonial. Una ráfaga de vértigo me obligó a frenar.

Perturbado por la experiencia, emprendí el regreso a mi casa en Villa General Belgrano. Fue en ese viaje franco por la ruta donde la física del objeto se volvió inequívoca: mientras los espejos laterales del auto me devolvían el tránsito habitual de la tarde, con los destellos de las ópticas modernas y el asfalto gastado del presente, el retrovisor de bronce reaccionaba a la velocidad de la Suran de un modo inverso. A ochenta kilómetros por hora, los vehículos contemporáneos que dejaba atrás se disolvían en el óvalo de cristal para dar paso a camionetas de mediados del siglo XX y antiguos rastrojeros que avanzaban con lentitud; al pisar el acelerador y alcanzar los ciento veinte, la cronología dio un salto abrupto y empecé a ver familias enteras vestidas con ropas de los años treinta al costado del camino, esperando colectivos inexistentes en paradores que aún no habían sido demolidos. A mayor velocidad, más profundo cavaba el espejo en el pasado de la ruta. Al llegar a destino y descargar la caja de madera donde había transportado el adminículo, advertí un peso inusual en su estructura. Un examen minucioso me reveló la existencia de un fondo falso. Deslicé la tablilla inferior y extraje un cuaderno de hojas amarillentas y esquinas gastadas.

El manuscrito, redactado con la caligrafía minuciosa de un amanuense del siglo XIX, confirmaba mi sospecha con una frialdad matemática. El autor, cuyas iniciales coincidían con las grabadas en el bronce, explicaba allí que el tiempo no es una corriente que fluye, sino un espacio estático. Nosotros, en nuestra caída hacia la vejez

y el polvo, inventamos la ilusión de la marcha cronológica. El cristal, tratado con sales de plata y un metal cuyo nombre el manuscrito omitía, funcionaba como un imán de reflejos pretéritos. La base de bronce y el dial trasero no hacían más que calibrar la distancia del rebote luminoso. Fue en esas páginas donde hallé la clave que resolvía la aparente paradoja del movimiento. El manuscrito aclaraba que la velocidad de una máquina o un carruaje en marcha era necesaria únicamente para arrastrar y deshojar la luz depositada a lo largo del camino, cuya información visual estaba de otro modo dispersa en el espacio exterior; entendí entonces por qué el fenómeno se desataba al acelerar la Suran. Sin embargo, el dial trasero de bronce actuaba como un colimador de foco temporal. Si el vehículo permanecía inmóvil, el espejo no podía capturar las imágenes de una ruta que no recorría, pero sí podía registrar el espacio estático del habitáculo. Girar manualmente ese dial permitía regular la profundidad focal de la luz vieja atrapada en un punto fijo del espacio. En reposo, el dial trasero hacía el trabajo de la velocidad: sintonizaba las ondas luminosas acumuladas en ese entorno que yo había habitado durante años, desandando el tiempo de los cuerpos que permanecían dentro de él. La revelación me produjo una mezcla de alivio y vértigo. No había magia en el adminículo; una aberrante y recóndita mecánica que dormita en el olvido del tiempo.

Una duda me asaltó antes de apagar la lámpara de mi escritorio. Si el espejo captaba la luz de los cuerpos en el pasado mediante este ajuste, ¿qué ocurriría si alteraba su ángulo? Hasta entonces, el aparato había estado orientado hacia la luneta trasera, buscando la ruta, el espacio que yo dejaba atrás. Pero la física del aparato no distinguía entre el camino y el habitáculo. Volví al garaje. La noche de Villa General Belgrano era fría y olía a pino húmedo. Me senté en el asiento del conductor de la Suran, bajo la luz mortecina del plafón del techo. Con mano temblorosa, aferré el soporte de bronce y giré el espejo retrovisor hacia mí. Busqué mi propio rostro. Al principio solo vi la oscuridad del asiento trasero. Luego, con los dedos húmedos por la tensión, giré lentamente el dial de bronce trasero, forzando al cristal a vibrar en reposo. Fue entonces cuando el óvalo de vidrio mudó su opacidad por un tono verde fosforescente, una llamarada química y fría que pareció abrir una ventana en la densidad del aire. La imagen de la cabina se distorsionó en círculos concéntricos a través de aquella reverberación verdosa, pero mi rostro no apareció de inmediato. En su lugar, emergió de la penumbra del fondo una silueta inesperada. En el asiento trasero, allí donde solo debía haber tapizado gris, se recortaba la figura de un hombre maduro, pulcramente vestido con un traje de tweed de tres piezas, un bigote espeso y una mirada de una lucidez insoportable. Tardé un segundo eterno en reconocer las facciones de los retratos escolares: era Herbert George Wells. No era un espectro; su reflejo poseía la densidad de los vivos. El hombre del espejo giró levemente la cabeza y me miró a los ojos a través del cristal. Supe, por una intuición instantánea y terrible, que él no estaba allí como un prisionero del vidrio, sino como un guía. Su presencia operaba como el Virgilio de mi propio viaje; él, que había teorizado sobre la cuarta dimensión con la

ligereza de la ficción, me tomaba ahora de la mano para conducirme de regreso por las líneas de mi propia historia.

—No tema —pareció modular su boca en un castellano de acento británico, aunque ningún sonido alteró el silencio del garaje—. La luz no olvida.

Bajo su tutela silenciosa, el dial pareció girar por sí solo bajo mis dedos. Wells asintió, y la marea del tiempo comenzó a retroceder en una línea recta y perfecta. A través del fulgor verde del espejo, vi al joven que yo había sido diez años atrás, sonriendo a una mujer que ya he olvidado, en una tarde de sol que ya no existe; detrás de él, la figura del escritor observaba la escena con una piedad científica. Parpadeé, y Wells me guio más atrás, forzando la profundidad focal: vi a un adolescente tímido leyendo en el patio de la infancia, y luego a un niño de pecho alzado por unas manos que ahora son tierra en el cementerio de Alta Gracia. En cada estación de ese retroceso cronológico, la mirada de Wells permanecía fija en la mía, recordándome que cada segundo de mi vida estaba allí, atrapado en ese pequeño óvalo de vidrio. Comprendí, con el pavor de quien descifra un laberinto, la condena del artilugio. Con un movimiento desesperado, desvié la mano y ajusté el espejo a su posición habitual para interrumpir la marcha hacia atrás. El reflejo del escritor y el brillo verde se disolvieron en una última sonrisa melancólica antes de que la oscuridad del asiento trasero recuperara su lugar. Supe que si me demoraba un instante más bajo la guía de Wells, el retroceso de la luz disolvería primero el entorno: vería el habitáculo de la Suran desarmarse en el hierro virgen antes de ser fundido en la fábrica, luego contemplaría los años vacíos del garaje previos a la compra del auto, y finalmente, al cruzar el umbral de mi propio nacimiento, me enfrentaría a la nada de la que provengo.

Ahora manejo de noche, esquivando las rutas principales. Miro el retrovisor lo mínimo indispensable, aterrado de cruzarme con la mirada de algún antepasado o, peor aún, con los ojos severos y compasivos de mi guía inglés, esperando al fondo del cristal para mostrarme el vacío absoluto que me aguarda cuando la última partícula de mi luz se haya disipado en el bronce. Sé que soy una sombra que viaja hacia el olvido, precedido por un coche de caballos, por una horda de lanzas y por el silencio anterior al mundo.

Sombras

Llegué a Manchuria en 1589, algo entregado a los designios del destino en mi huida de Europa. El año anterior había desertado de la carnicería en la batalla de Gravelines, dejando que la Armada Invencible se hundiera en el mar mientras yo me hundía en el este. Era comerciante de cueros, pero eso lo digo ahora, cuando ya no importa. El manchú me cerró la boca el primer mes. El mongol me la selló el segundo. Para el tercero, yo era un mudo entre hombres que gritaban. Una noche de nieve negra entré al único lugar con luz. No era una taberna. Era un jiuguan: un galpón de techo bajo

donde el humo no subía, se quedaba a la altura de los ojos, espeso con el olor de un licor rancio que olía a ciruela podrida. Pedí de beber señalando la jarra de otro. Todos me miraron como a un espectro que entra a destiempo en una liturgia ajena. El viejo se acercó. No habló. Puso las manos ante la lámpara de aceite y en la pared nació un ciervo. Movié los dedos y el ciervo corrió, después se echó. Luego hizo una casa, una montaña, un barco. Yo comprendí que no era magia. Era algo peor.

—Diccionario —dijo él—. De sombras chinescas.

Me lo explicó sin prisa, como se explican las condenas. A ese pueblo fronterizo llegaban hombres de todas partes: desertores Ming, coreanos, rusos, nómadas. Nadie compartía una lengua. Un titiritero de Henan, un idealista ingenuo, había intentado crear un lenguaje universal. Queriendo unificar a los hombres bajo una sola gramática de luz, diseñó un código exacto de posturas con las manos para reemplazar todas las palabras del mundo. Pero produjo lo contrario. El diccionario, creado para unirnos a todos en una comprensión perfecta, terminó sirviendo para malentenderse con una ambigüedad absoluta. El universo era demasiado grande para meterlo en diez dedos, así que el titiritero tuvo que hilar demasiado fino. Un milímetro de diferencia en la inclinación de la falange transformaba el gesto de asentir en ofrezco seda. Si levantabas el meñique un grado de más, la sombra de un caballo proyectaba la silueta de un rinpoché. Los hombres hacían tratos, juraban, se despedían, y el caos nacía de un dedo tembloroso contra la pared. El viejo me contó, con una mueca amarga, que un cargamento entero de té se cambió por sal porque uno quiso proyectar equilibrio y su pulgar cansado dibujó trueque ahora. El intento de orden absoluto engendró un malentendido infinito. El viejo me enseñó diez palabras. Yo, que ya era codicioso y buscaba ahogar el frío, quise pedir otra ronda de ese licor rancio. Copié sus manos: pulgar extendido, meñique recogido, la otra como cuenco. El jiuguan quedó en un silencio sepulcral. El posadero vino y, con una reverencia severa, dejó en mi mesa un abanico cerrado, de laca. No era bebida. El viejo después me tradujo el chiste: por forzar las manos buscando alcohol, mi torpeza había inclinado la sombra hacia un instante de silencio, por favor. Los bárbaros lo habían cumplido a rajatabla.

Me fui de Manchuria sin una sola piel. Pero me llevé el diccionario.

Al principio, cuando regresé a Brujas, guardé el secreto. Pero la vanidad o la nostalgia me ganaron. Fascinado por la idea de aquella gramática universal, empecé a enseñarla. Primero como un juego de salón para epatar a los burgueses en las noches de invierno; después, entusiasmadamente, intenté introducir el sistema entre los gremios de comerciantes flamencos. Les vendí la ilusión de un código comercial secreto y mudo, ideal para negociar con extranjeros en los muelles ruidosos sin levantar la voz. La idea prendió como la pólvora, pero con ella se expandió la peste del error. En pocos meses, Brujas se llenó de aficionados que gesticulaban en las tabernas y los mercados. La sutil gramática de Henan se volvió rústica en manos de los hombres del norte, y los malentendidos empezaron a complicar los contratos y a quebrar viejas amistades por culpa de un dedo mal posicionado. Las sombras se convirtieron en una jerga pública,

oficial y peligrosa. Por eso, el invierno pasado, todo se vino abajo. Durante un pleito comercial por un cargamento de lanas flamencas, gesticulé de más frente a la chimenea mientras discutía con un escribano que, para mi desgracia, conocía el código al dedillo. Mis manos proyectaron en la pared, sin que yo lo quisiera, la sombra exacta de un insulto imperdonable al Rey. El hombre se levantó lívido, interpretando el gesto no como un espasmo, sino como una declaración política, y me demandó por traición. Perdí la mitad de mis bienes en el juicio, tratando de explicarle a unos jueces belgas que mi sombra solo tenía frío. Pero el juicio no fue el fin de la pesadilla, sino su prólogo. En Brujas, el pánico a ser denunciado por un ademán involuntario desató una fiebre hermenéutica delirante. Para defenderse de posibles acusaciones, los burgueses empezaron a estudiar el diccionario en la clandestinidad, lo que solo multiplicó las facciones y los equívocos. En pocas semanas se fundaron sociedades secretas que operaban bajo las sombras de los callejones húmedos. Surgió la Liga del Índice Alzado, convencida de que el duque preparaba una masacre porque un panadero había proyectado la sombra de un jabalí (que ellos interpretaron como soldados mercenarios) al intentar espantar una rata de su mostrador. La paranoia adquirió una simetría perfecta y espantosa, como si toda la ciudad fuera parte de una conspiración organizada por un Dios ocioso. Descubrí, con horror, que el escribano que me había demandado no era un leal servidor del Rey, sino el líder de una célula anarquista que utilizaba una versión corrupta de mi diccionario. Aquella noche, mi torpe ademán frente a la chimenea no solo había sido interpretado como un insulto al monarca, sino como la señal largamente esperada para iniciar el magnicidio de Enrique III, que yo ignoraba por completo. Él creía que yo era su superior jerárquico; yo solo quería cobrar mis lanas. Pronto, los espías del gobierno español se infiltraron en las tabernas para descifrar el nuevo lenguaje de los traidores. Ahora, Brujas es un teatro de títeres ciegos. He visto a dos detectives seguirse mutuamente durante horas bajo la llovizna, comunicándose mediante sombras proyectadas en los muros de ladrillo; uno intentaba advertir al otro sobre un supuesto cargamento de pólvora (dibujado por un pulgar rígido), mientras el segundo creía estar recibiendo una invitación mística de una logia herética. Nadie sabe quién conspira contra quién, porque el instrumento de la conspiración es el mismo que la inventa a cada segundo. Se persiguen fantasmas que nacen del temblor de una mano aterrada. Ahora mismo, mientras escribo esto, mantengo los dedos rígidos, casi congelados, por miedo a que el temblor de la vela contra la pared de mi cuarto dicte mi propia sentencia de muerte a los ojos que vigilan desde la calle. Brujas ya no duerme; es un manicomio de faroles y antorchas. Ayer vi a un panadero y a un cochero batirse a duelo en el fango porque el viento agitó la capa de uno, proyectando una ofensa que ninguno de los dos pronunció jamás. Las sombras han cobrado vida propia; se desprenden de nosotros, conspiran en las esquinas, declaran guerras que los hombres se ven obligados a pelear. No hay mudez que nos salve. He pensado en atarme las manos a la espalda, pero sé que el nudo de la cuerda proyectará el contorno de una soga de horca, y la policía del duque interpretará mi

suicidio antes de que lo intente. Estamos atrapados en el lenguaje del titiritero: una trampa de luz que se devora a sí misma, donde cada parpadeo es una traición y cada gesto, la chispa de un incendio que ya nadie puede apagar.

Colibrí

Aún persisto en la memoria de aquella tarde en que el frío húmedo del Támesis ascendía por las avenidas de Londres, arrastrando un ruido de hierro y agua. Por puro tedio, o acaso por esa dócil sumisión al azar que gobierna a los hombres sin destino, me incorporé a la fila de un planchón de excursión que cabeceaba junto al puente.

En la boletería me entregaron un billete de papel leve, casi translúcido, con un dentado tosco en sus márgenes para facilitar el corte. En su centro ostentaba un número borroso y la cifra de doce libras con cincuenta peniques. Lo deslicé en el bolsillo de mi abrigo y me resigné a un viaje previsible, donde el guía desgranaba una cronología monótona ante un público de extranjeros fatigados.

El verdadero hecho ocurrió al desembarcar. Mientras caminaba por el muelle buscando el amparo de alguna taberna, divisé sobre el pavimento húmedo un espécimen inverosímil: un colibrí. Su presencia en la latitud de Londres era una anomalía zoológica, un error de la geografía. El animalito yacía de costado, con el esternón agitado por una respiración agónica. Lo recogí con un cuidado que lindaba en el rigor científico y lo deposité en mi mochila, envuelto en un pañuelo de seda. Junto a él, sin un propósito claro, dejé caer el billete del barco.

Al llegar a mi alojamiento, el ave ya era un cadáver rígido. Fue entonces cuando descubrí el fenómeno. La presión del encierro, el calor residual de mi cuerpo y los aceites naturales del plumaje tornasolado habían obrado una suerte de transferencia orgánica sobre el papel translúcido. La muerte, que al fin y al cabo es un proceso químico, había dejado una impronta perfecta: una silueta de precisión casi microscópica, donde el verde y el azul del ave se confundían con las fibras del papel.

Durante años, aquel billete descansó en el olvido, sepultado entre las páginas del tercer volumen de la *Cyclopædia* de Rees, hasta que decidí rescatarlo para encerrarlo bajo el vidrio de un marco modesto en mi despacho. Me divertía la muda presencia de ese fantasma.

La farsa comenzó la tarde en que un caballero de traje gris y modales severos —uno de esos hombres cuya vida transcurre en la minuciosa clasificación de lo inútil— reparó en el cuadro. Tras un examen demorado con su lupa de mano, prorrumpió en una serie de términos que me parecieron de un rigor delirante: habló de una “impresión al vacío de naturaleza orgánica”, de un “dentado irregular de la era victoriana tardía” y de una “variedad no catalogada de correspondencia fluvial”. Me ofreció, con la gravedad de quien rescata un incunable, una cifra que me pareció una extravagancia. Acepté sin discutir; el comercio, después de todo, requiere de esas mutuas ficciones.

El desenlace me fue revelado hace poco, en la penumbra de mi biblioteca, a través de una pantalla de televisión. Un documental filatélico presentaba, con la solemnidad de las cosas sagradas, la pieza que ahora denominaban “The Hummingbird Anomaly²”. Un panel de expertos en Zúrich debatía sobre el “pigmento aviar desconocido” de la estampilla y su conservación en una cámara de atmósfera controlada.

Contemplé la farsa con una satisfacción casi intelectual. He comprendido desde entonces que las catedrales de la erudición humana, la historia y sus valores más solemnes, no son más que monumentos erigidos sobre la negligencia de un descuido o el capricho del puro azar. El Universo prefiere la simetría de un error bien clasificado antes que la humilde verdad de un pájaro muerto en una mochila.

... cuando me puse de pie, la luz cenital era la misma. Afuera, los banderines anaranjados seguían flameando. En el muro curvo, a la altura de los ojos, había una frase tallada que antes no estaba. Decía: “El que entra busca. El que sale, fue encontrado”.

Empujé la puerta del Norte. Esta vez hizo ruido

Perplejos

Hay jornadas en que el orden del día parece disolverse en una laxitud premeditada. Dejé atrás el sendero principal, caminé a través del pasto húmedo por el rocío de la tarde y, traspasando la galería exterior, ingresé en ese recinto austero que en el Parque Paravachasca llaman el centro de trabajo. El edificio estaba sumido en un silencio mineral; una quietud total ocupaba los pasillos, vacíos de toda presencia humana. Avancé sin prisa hacia adelante, donde se levanta una biblioteca exigua. No había nadie a mi alrededor —una ausencia que entonces atribuí a la simple casualidad y que hoy sé que responde a leyes mucho más sutiles—, de modo que me permití examinar los anaqueles en absoluta soledad.

La biblioteca era modesta pero bien nutrida: algunas monografías técnicas, anuarios oxidados por el tiempo y unos pocos volúmenes de Silo —reconocí los lomos gastados de *Apuntes de Psicología* y *Humanizar la Tierra*—. Sin embargo, sobre la chimenea de un hogar colgaba una fotografía de Silo que dominaba el espacio, y a su derecha se ubicaba la biblioteca. Era una de esas imágenes fijadas bajo un ángulo singular, cuyo misterio óptico hace que la mirada del retratado parezca seguir al observador de manera incondicional; no importaba si me desplazaba hacia la izquierda o si retrocedía hacia la sombra, aquellos ojos intensos e inmóviles permanecían fijos en los míos, como si me calcularan desde una quietud ajena al tiempo.

² La anomalía del colibrí.

Fue en esa biblioteca donde encontré el volumen. Era un tomo encuadernado en tela gris, titulado “Anexo a la topografía de las sombras”, escrito por el cronista Gustavo Frías. Mientras hojeaba sus páginas amarillentas, una sospecha me paralizó el pulso: la prosa precisa, la obsesión por las geometrías ideales y el desprecio por la realidad material me recordaron inmediatamente al oncenio tomo de la primera enciclopedia de Tlön. El eco era tan nítido que temí estar ante una apócrifa variante de aquel universo de ideas, o acaso ante una de sus ramificaciones secretas en nuestro propio suelo.

Pero el objeto de este anexo era distinto. No describía un planeta remoto, sino una escisión en el tejido de nuestra propia cotidianidad. Las notas al pie de la página 42 referían la existencia de una facción disidente de la Especie, surgida a mediados del siglo anterior bajo el amparo de un absoluto anonimato. Su rebelión no apeló a las armas ni a los dogmas; fue una mudanza de la atención, una reforma quirúrgica de la conciencia. Descontentos con el orden establecido —esa tiranía de la física que nos obliga a aceptar la solidez de la materia y la fijeza del tiempo—, decidieron alterar los axiomas fundamentales de su percepción.

“No fue un estallido, ni una proclama en la plaza pública”, dictaba el texto de Gustavo Frías, cuyas palabras transcribo con fidelidad de amanuense. “Fue un repliegue sutil, un acuerdo silencioso tejido en el centro mismo de sus mentes. Comprendieron que el ‘yo’ no era más que un operador de la conciencia, una brújula que ordenaba el caos de lo cotidiano. Y al mismo tiempo, intuyeron la verdad de que los objetos solo existen en tanto son pensados, manifestándose al aparecer ante una mirada. Decidieron entonces que era tiempo de construir un mundo nuevo sobre este mismo plano, pero estructurándolo desde una lógica diferente. Al transformar su manera de habitar y percibir, los límites se volvieron difusos. Poco a poco, dejaron de ser visibles para quienes seguían sujetos a la antigua forma, y a su vez, el resto del mundo desapareció para ellos. Ahora habitan un espacio que es suyo por derecho de conciencia, demostrando que la realidad puede reescribirse desde el interior”.

El manuscrito los denominaba “Los Contiguos”. Coexistían con nosotros en las mismas coordenadas del espacio, pisando acaso el mismo suelo de Paravachasca, pero habitando una arquitectura mental distinta. Al reconfigurar las leyes de su atención, se volvieron impermeables a nuestra mirada. Éramos dos líneas paralelas trazadas en el mismo papel que juraban no encontrarse jamás.

Sin embargo, el Universo aborrece la simetría perfecta. Gustavo Frías explicaba que el espacio-tiempo de ambos mundos no era plano, sino vagamente curvo. En ciertos parajes solitarios, bajo condiciones lumínicas irrepetibles o fatigas extremas del pensamiento, la realidad se plegaba sobre sí misma. Ocurría entonces el roce de dos biconcavidades: el punto exacto donde la curvatura de nuestra percepción se tocaba con la de ellos.

Durante esos breves e insostenibles segundos, el velo se rasgaba. Un hombre común, al caminar entre los árboles o al recorrer en soledad un pasillo del centro de trabajo, podía ver una silueta translúcida, un orden de geometría imposible

superpuesto a la piedra nativa, o unos ojos fijos que lo observaban desde una dimensión contigua. El encuentro era siempre mudo, breve como un parpadeo.

El texto anotaba un detalle de sutil ironía: así como nosotros, desde este lado de la hendidura, los bautizamos como “Los Contiguos” por su proximidad fantasmal, ellos nos habían asignado un nombre en su dialecto de abstracciones. Nos llamaban “Los Perplejos”. El término aludía a la fijeza estúpida, al asombro paralizante que devoraba el rostro de nuestros hombres cuando la biconcavidad se abría y vislumbrábamos, por un instante, la libertad de la que nos habíamos privado al aceptar las leyes de este mundo.

Cerré el libro y lo devolví a su lugar exacto en el anaquel. Afuera, la tarde caía sobre Paravachasca, estirando las sombras de los cipreses. Levanté la vista una vez más hacia la fotografía de Silo. Sus ojos seguían fijos en mí, pero ahora comprendí el truco de la imagen: no era que su mirada me siguiera a donde yo fuera; era que él ya estaba mirando fijamente el punto exacto donde se cruzan las biconcavidades del espacio. Salí al exterior vacío, caminando despacio por el pasto, asimilando la certidumbre del nombre de nuestra especie y temiendo —o deseando— el próximo roce del aire.

Sonoros

Fue en las sierras de Córdoba —en un rincón cuya ubicación exacta la cortesía o la cautela me prohíben revelar— donde escuché por primera vez la hipótesis de los sonoros, una facción singular entre aquellos a quienes algunos llaman los contiguos. Fueron algunos de ellos quienes me revelaron su particular modo de habitar el mundo y la naturaleza de su experiencia. Yo creía, como todos los hombres de nuestro siglo, que el tiempo era una sucesión uniforme de instantes idénticos, una línea recta graduada por la tiranía de las horas y las fechas. Ellos me enseñaron que el tiempo no es una línea, sino una arquitectura de frecuencias y resonancias.

Los sonoros no forman un gremio cerrado ni viven aislados; caminan entre nosotros, frecuentan los mismos comercios y leen los mismos diarios. Sin embargo, perciben la materia y el transcurso desde un rigor que nos es vedado. Para ellos, la realidad no se mide: se ejecuta.

En las escuelas de los sonoros, los niños no aprenden la geometría mediante líneas y ángulos abstractos, sino como tensiones de un espacio resonante. Una figura de tres lados no es un triángulo por la suma de sus ángulos, sino por el equilibrio de una tríada armónica: tres frecuencias cuya tensión combinada busca el reposo, tal como un acorde perfecto resuelve su sonoridad en el aire. Un plano inclinado no es una pendiente que acelera un cuerpo, sino un “glissando”: una transición continua de tonos donde la gravedad modula el sonido de la materia a medida que esta se desliza.

Esa misma lógica penetra el resto de sus ciencias:

La física prescinde del concepto de velocidad o masa inerte. Para sus teóricos, el tránsito de un cuerpo por el valle es el desarrollo de un tema musical que acelera o desacelera según la acústica del terreno; los astros no gravitan por una atracción invisible de masas, sino por el peso contrapuntístico de sus órbitas, dispuestas como los intervalos rigurosos que sostienen una fuga para que el acorde cósmico no colapse.

La medicina ignora la anatomía estática. Quienes la practican no reciben el título de doctores, sino el de “luthiers”, pues entienden el cuerpo humano como un instrumento sensible en constante afinación. Una enfermedad no es un germen ni una falla orgánica, sino una disonancia sutil, un desfase de compás en la circulación sanguínea. Sanar consiste en devolver el pulso biológico a su tono original mediante variaciones de ritmo y silencio.

La psicología no indaga en profundidades ni abismos mentales, sino en la interacción entre los distintos planos de conciencia. Entienden la mente como una vibración que se desplaza por capas de frecuencia según la tensión de la memoria. Su sabiduría no busca descifrar traumas, sino ubicar en qué plano resuena el observador. Al indagar sobre la causa última de sus estancamientos entre un plano y otro, los ancianos suelen repetir la vieja sentencia que articula su diagnóstico del alma: “What have we found the same all fears...”³.

En mi última noche en la región, mientras la niebla bajaba por las quebradas, busqué la compañía de Sigfrido, un anciano de ademanes pausados cuyos ojos parecían atesorar la memoria de complejas estructuras olvidadas. Fue él quien me reveló el secreto definitivo: los sonoros no nacen, se hacen.

Sigfrido me confesó su propia iniciación. Años atrás, mientras caminaba en soledad por un sendero de la ladera, una violenta avalancha de piedras se desprendió sobre él. El derrumbe devastó el paisaje a su alrededor, reduciendo los árboles a astillas y abriendo grietas en la roca, pero a él no lo rozó un solo fragmento. En ese instante de atonadora inmovilidad, a él le fue dado atisbar el mecanismo secreto del Universo: una trama puramente armónica donde la materia era solo sonido condensado.

Durante años, impulsado por esa revelación, Sigfrido creyó haber transformado radicalmente su existencia. Modificó sus hábitos y rectificó sus días, hasta que advirtió la paradoja: apenas ejecutaba una variación sutil de su vida anterior, repitiendo en otra escala las mismas formas que creía haber dejado atrás.

Fue precisamente al captar este patrón de repetición cuando todo cobró sentido. Comprendió que el universo no avanza en línea recta, sino que insiste sobre los mismos temas. Al descifrar la estructura de esa recurrencia, comenzó a reunir, paciente como un cartógrafo, los parámetros musicales que se le habían revelado en aquel instante de peligro. Los ensambló uno a uno hasta dar con una red de acordes imperceptibles, el mapa sonoro que contenía las pistas exactas para conducirlo al refugio de los sonoros.

³ De Pink Floyd, fragmento de la canción “Wish You Were Here” escrita por Roger Waters y David Gilmour.

—El Universo no es un mecanismo de engranajes —me dijo al despedirse—, sino una obra vasta cuya clave fundamental olvidamos hace siglos. Creemos avanzar, pero solo estamos volviendo al mismo tema.

Al regresar a la capital, el segundero de mi reloj me pareció una superstición ridícula. Comprendí que los sonoros, bajo la guía serena de Sigfrido, han encontrado en la geometría secreta de los compases la forma de habitar la eternidad sin abandonar las márgenes de lo inasible.

Crisol

Salí del centro de trabajo dejando atrás la quietud de los anaqueles y la biblioteca. Afuera, la tarde caía sobre el Parque Paravachasca, estirando las sombras de los cipreses sobre el pasto. Recordé entonces el cinismo de Sandra Soubh, cuando me dijo que la vida es una enfermedad mortal de transmisión venérea. Movidio por una inquietud indeterminada, crucé el sendero y me dirigí hacia la estructura rústica que allí denominan el taller.

Al cruzar el umbral, el aire pareció densificarse, adquiriendo una vibración casi acuática, sutil pero perceptible. Comprendí, con un vuelco en el pulso, que asistía a la apertura de una nueva biconcavidad en el espacio. De pronto, el taller ya no estaba desierto. Vi a un grupo de personas —siluetas recortadas contra una luz dorada y trémula— congregadas alrededor de una hornalla. Intercambiaban palabras sobre el arte de verter metales sobre moldes, pero sus observaciones pendían en una ambigüedad extraña, a mitad de camino entre la metalurgia material y una suerte de alquimia pura.

Contemplaba el crisol en el taller, con el bronce fundido hirviendo y cambiando de estado ante mis ojos. Fue entonces cuando mi mente se detuvo en el misterio de la muerte: si alguien está vivo en un segundo y muerto al siguiente, ¿en qué microsegundo exacto se produce la transición? Si divido el tiempo infinitamente, llego a un punto donde la vida y la muerte coexisten, algo lógicamente imposible. En ese inconcebible instante central, la persona estaría viva y muerta al mismo tiempo, lo cual carece de todo sentido. Fue así que comprendí que la muerte es solo una ilusión, un velo que esconde la continuidad eterna de nuestra existencia.

Cuando parpadeé, el fulgor del bronce se apagó. El taller recuperó su habitual penumbra desierta; solo quedaban los moldes fríos y el olor a carbón y bronce. Miré mis manos, luego el espacio vacío a mi alrededor.

Salí al exterior, caminando despacio por el pasto. En esa caminata asimilé la certidumbre de mi propio nombre secreto: no aquel apelativo profano inscripto en mis documentos civiles, sino el sello místico de mi esencia divina y eterna. Comprendí que ese nombre era la clave de mi yo verdadero, la parte incólume de mi ser que no

pertenece al tiempo ni se extingue con la física de la biología. Sabía que haber cruzado aquel umbral me convertía en un iniciado, y que, a partir de esa tarde, yo también miraría el mundo con la incurable fijeza de los perplejos.

Fuente

El murmullo del agua era lo único que rompía el silencio de aquel rincón del predio, un espacio resguardado, íntimo y apartado del circuito principal, en el Parque Paravachasca. Frente a mí, moldeada en un “cemento de un tono carmesí cálido” —ese color que de inmediato me evocó al majestuoso “rey carmesí”, con sus disonancias sublimes, sus tiempos complejos y sus melodías imponentes que tanta inspiración han producido en todos los órdenes de mi vida—, se alzaba la fuente: un “Yoni-Linga”. La estructura, símbolo ancestral de la unión cósmica, la fertilidad y la creación de la vida, contenía un pequeño espejo de agua en constante movimiento. El líquido brotaba suavemente desde el ápice del cilindro sagrado, el Linga, y se derramaba sobre la base receptora, el Yoni, fluyendo en un ciclo interminable.

Me incliné hacia adelante. Al principio, solo vi mi propio reflejo fragmentado por las ondas. Pero a medida que mi mirada se hundía en la profundidad de la superficie húmeda, el vaivén del agua pareció ralentizarse. Mi mente, atrapada en el hipnótico compás del goteo, se sumergió en un trance profundo. La fuente dejó de ser un objeto inerte; se convirtió en un portal hacia el abismo del tiempo.

En el fondo de ese microcosmos líquido, mi realidad se desvaneció. Me vi a mí mismo despojado de carne, de historia, de nombre. Sentí la Tierra primigenia, un planeta cubierto por un océano infinito, denso y oscuro.

Allí estaba yo. No como el hombre que soy hoy, sino como una criatura sutil, primitiva. Yo era un pez que se deslizaba en una noche perpetua.

En ese cuerpo de ancestro remoto, yo habitaba un mundo sin formas. Vivía en la absoluta negrura de las profundidades, donde el frío calaba hasta el diseño mismo de mis células. No tenía ojos. No los necesitaba. Me guiaba por el tacto del agua, por las vibraciones de la corriente, por la presión de un mar ciego que lo envolvía todo. Yo era una forma pura de supervivencia flotando en la nada.

Sin embargo, en la parte superior de ese océano, algo irresistible comenzó a llamarme. Una energía remota, un calor difuso que rompía la monotonía del frío eterno.

Poco a poco, una necesidad profunda, nacida de las entrañas mismas de mi evolución, me empujó a ascender. Quería sentir en mi cabeza, en el ápice de mi cuerpo blando, el roce de los rayos del sol.

Mi viaje hacia la superficie fue un proceso agónico que tomó millones de años. Yo insistía, nadando hacia arriba, estirando mi biología hacia lo desconocido. Mi cerebro de pez primitivo realizó un esfuerzo descomunal, casi consciente en su insistencia. Mi

masa gris concentró toda su energía en procesar la sutil diferencia entre la negrura absoluta y la leve calidez que se filtraba desde arriba.

Esa presión interna, ese deseo ciego de saber qué había más allá, encendió la chispa:

Primero, desarrollé sutiles “receptores de luz”, pequeñas manchas de células fotosensibles en la piel de mi cabeza.

Luego, mi carne se hundió para proteger esas células, creando una copa óptica.

Finalmente, mi biología esculpió la maravilla: “mis primeros ojos”.

Al lograr desarrollar esa ventana al mundo, adquirí un poder divino sobre los demás seres que me rodeaban. En el reino de los ciegos, yo, que podía anticipar la sombra de un depredador o el destello de una presa, me convertí en el rey de las corrientes. La ventaja evolutiva fue devastadora. Vi cómo mi especie floreció, se diversificó y se volvió ferozmente competitiva gracias a la tiranía y la belleza de la visión.

Mi mirada seguía fija en el Yoni-Linga, pero mis ojos ya no veían la fuente. Veía el momento en que el mar se me quedó pequeño.

Impulsado por la misma curiosidad insaciable, comencé a mirar hacia las orillas arenosas. Quería colonizar la tierra firme. Pero el precio de la libertad fue el dolor.

Cuando arrastré mi cuerpo fuera del agua por primera vez, me topé con un enemigo invisible y hostil: “el aire”. Mis ojos primitivos, perfectos y adaptados a la densidad del agua salada, sufrieron un choque brutal. El aire seco de la atmósfera comenzó a evaporar mi humedad, quemando mis córneas, cegándome con la aridez del cielo abierto.

El dolor era insoportable. Como pionero de la tierra firme, me veía obligado a retroceder, a arrastrarme de vuelta al océano para sumergir mi cabeza y calmar el fuego de mis pupilas. Iba y venía, en un baile agónico entre la promesa de la tierra y el refugio del mar.

Mi propia evolución, una vez más, tuvo que diseñar una solución para mantener el océano vivo dentro de mí.

El agua de la fuente continuaba fluyendo, y con ella, el tiempo aceleraba su marcha en mi mente. Vi cómo mi linaje finalmente rompió las cadenas marítimas.

Me vi cambiando de forma a lo largo de las eras: fui parte de “esos gigantes que dominaban la tierra” con ojos inmensos capaces de cruzar las llanuras prehistóricas; sobreviví a los cataclismos, al fuego cayendo del cielo, y emergí en la piel de los mamíferos, esas criaturas pequeñas que heredaron la Tierra en la oscuridad. Vi la línea recta de la evolución avanzar implacable hasta transformarme en lo que soy hoy: un ser humano, un antropoide erguido que usa estos mismos ojos para mirar las estrellas y preguntarse por su origen.

De pronto, parpadeé.

Una lágrima involuntaria, provocada por la sequedad del aire y la fijeza de mi mirada, rodó por mi mejilla. En ese instante, la epifanía se completó en mí.

Sentí el rastro salado en mi piel y lo comprendí todo. Yo no he dejado el océano. Cada vez que el aire moderno me quema, cada vez que mi entorno se vuelve hostil o seco, mis párpados caen de forma refleja. “Parpadeo para que mis glándulas lagrimales inunden mi ojo con agua salada”, recreando, en una fracción de segundo, el antiguo mar del que vine. Llevo el océano primitivo atrapado detrás de las cuencas de mis ojos.

Me incorporé lentamente, respirando hondo. Miré por última vez el Yoni-Linga, cuya agua seguía brotando en la intimidad de aquel rincón del predio, y sonreí. Supe que no estoy separado de la fuente, ni del universo, ni de ese primer pez ciego que osó mirar al sol. Todo el viaje de la creación sigue vivo en mí, resguardado tras el humilde y constante milagro de mi propio parpadeo.

Cilindro

Quien se aproxima al cilindro con la vana pretensión de contemplar un objeto metálico se condena al fracaso. Yo siempre supe que la materia, en ese punto exacto, cede ante una gravitación invisible. Sin embargo, existe una disciplina, un riguroso método de aproximación que los antiguos textos de los contiguos habrían clasificado bajo el nombre de “La Doble Calibración”.

No me bastó la mera proximidad; necesité una ascesis que consta de tres movimientos precisos frente a la superficie pulida.

El primer rigor exigió que yo buscara mi propio rostro en la curva del metal. No fue una tarea sencilla: el acero, pulido con una paciencia que excluye el azar, me devolvió una imagen deformada por la curvatura, similar a la que acecha en las pesadillas de los espejos cóncavos. Tuve que ajustar la distancia de mis pasos —la sutil presión de mis botas sobre el pasto húmedo— hasta que mi reflejo recuperó su simetría matemática.

Solo cuando mi mirada reflejada coincidió exactamente con mi mirada real, el cilindro se activó como un diafragma. En ese instante de coincidencia, revelé una paradoja secreta: el acero permanecía inmóvil, pero el reflejo del horizonte parecía oscilar con una lentitud casi imperceptible.

Mi mente evocó entonces el péndulo de Foucault. Quien ha contemplado esa esfera de bronce balanceándose en la penumbra de una bóveda sabe que el péndulo no gira en realidad; es la Tierra la que rota secretamente bajo su curso. Frente al cilindro, descubro el fenómeno inverso: yo soy el punto fijo, la plomada inmóvil de un universo que giraba vertiginosamente a mi alrededor.

Al quedarme perfectamente quieto, mi mirada fija me permite ver la rotación del mundo reflejada en el metal. El cilindro no es una barrera, sino un gozne. Al dominar la fijeza de mi propia imagen, adquiero la facultad de articular dos planos que la filosofía cartesiana ha considerado irreconciliables.

Hacia un lado de mi mirada, percibo el peso de lo terrenal: el rumor del viento en el Parque Paravachasca, la densidad de la Tierra cuya rotación Foucault demostró, la

imperfección de las cosas que nacen, se corrompen y mueren. Es el plano de la acción directa, donde cada paso es una cifra ejecutable sobre el suelo firme.

Hacia el otro lado, apenas desplazando la atención sin desviar la mirada del reflejo, se me abre el plano elevado: una región de formas puras, de arquetipos sin tiempo donde las leyes de la física no sufren la usura de la materia, sino que brillan con la fría luz de las verdades eternas. Es la esfera de la pura inteligencia, el reino del Espíritu.

El cilindro me permite habitar ambos mundos con una soltura casi milagrosa: conectar con lo alto para traer a la Tierra la lucidez de lo eterno; descender a lo terrenal para dotar de cuerpo y estructura a la abstracción más pura.

Al apartarme finalmente del metal, sé que el mundo ha vuelto a su desorden habitual. Sin embargo, conservo en la memoria la certidumbre de esa frontera perfecta. El reflejo se desvanece en el acero frío, pero mi mente permanece unificada, poseedora de una clave que el resto de los hombres solo atisba en el instante previo a la muerte o en el centro de los sueños más lúcidos.

Estela

Permanecí sobre el pasto un tiempo indefinido. El eco de los textos antiguos de Frías y las imágenes del taller flotaban todavía en mi cabeza con el peso de una vibración sorda, algo ajeno a la física ordinaria de este paisaje. La luz de la tarde terminaba de morir sobre el Parque, estirando una sombra gradual sobre los cipreses, y al dejar atrás el cilindro de acero para avanzar hacia la estela de piedra, el aire de la penumbra se volvió extrañamente denso, como si cada paso exigiera apartar una cortina invisible.

No había viento, pero el pasto a mi alrededor se inclinaba apenas, como si unos pies livianos avanzaran a pocos metros de los míos. Me detuve. En el silencio absoluto de la tarde serrana, escuché una respiración que no era la mía: un murmullo brevísimo, una modulación en la frecuencia del aire que rozó mi nuca y desapareció antes de que pudiera darle forma.

Miré la estela. La gran masa de piedra, erigida en el centro del predio, parecía absorber la última penumbra del día. Sus bordes no recortaban el espacio de manera limpia; en las aristas, la luz se quebraba en una vibración trémula, el mismo efecto de reverberación que produce el calor sobre el asfalto en pleno verano, pero helado. Al acercarme, advertí sobre la superficie lisa una sombra que no correspondía a ningún árbol cercano: la silueta opaca de una presencia erguida que permanecía inmóvil al otro lado del bloque, observándome a través de la densidad de la piedra.

No sentí miedo, sino esa clase de vértigo frío que sobreviene cuando las certezas de la materia se agrietan. Entendí que la frontera no era un muro, sino un pliegue de la luz. Estaba ahí, a la distancia de un brazo extendido, rozando un orden que la vista no alcanzaba a procesar. Un parpadeo más largo de lo habitual, un tropiezo en el ritmo de mi propia atención, y la piedra cedería.

Apoyé los dedos sobre el grabado de la estela. La roca no estaba fría: latía con un pulso bajo y parejo, un corazón de piedra que marcaba un tiempo distinto al de mi reloj. Y entonces, sin transición alguna, sin que mediara un solo paso ni el crujido de una rama, la geometría de la tarde se contrajo sobre sí misma.

De pronto, me hallé sentado nuevamente al volante de mi auto, detenido sobre la banquina de la ruta asfaltada, justo frente al portal de entrada de Paravachasca.

La cinta de asfalto se perdía a lo lejos, flanqueada por esas veredas altísimas de pasto silvestre que bordean los caminos serranos. El cartel de chapa recortaba su sombra en el crepúsculo y el motor del auto regulaba en silencio dentro del habitáculo. Esta vez no me quedé dudando. Estiré la mano, apagué el motor y abrí la puerta.

Al pisar el pasto de la banquina, sentí que la densidad del aire ya no me era ajena; la grieta en mi atención se había abierto para siempre. Caminé hacia el portal sin mirar atrás.

Los Contiguos me estaban esperando...

AGRADECIMIENTOS

A Mirian Barberena, mi transcriptor, que con tanta dedicación y ternura puso sus manos y sus oídos al servicio de mis palabras. En la penumbra de mi mirada, su paciencia y su cuidado fueron la luz que hizo posible este libro.

A Juan Carlos Domínguez, por ver antes que yo el valor de estas páginas y su sintonía con el espíritu del Parque Paravachasca.